

Gentes, salían á recibirlos, cubriendo el suelo de las calles con estéras, y sembrando copia de flores. Y que los Indios, y las Indias salían con perfumadores en numerosa multitud, acompañándolos todos en Proceßion, hasta llegar á la Iglesia, con no poca confusión de estos humildes Missioneros. Demostracion, que por las grandes hazañas que oyeron referir del P. Fr. Melchor, y del P. Fr. Antonio, de las quales no nos dexaron noticia, atribuyeron deber á la memoria que en todo aquel terreno se conservaba de tan insignes Ministros del Evangelio, que con los resplandores de su penitente vida, y con los rayos de su celestial doctrina, dexaron perpetuas luces, para ser tenidos, y venerados por Padres Santos.

Reformado todo Tabasco, y saliendo para Chiapa de Indios, enfermaron ambos en el Pueblo numeroso de Tuztla, llegandose á ver en estado tan peligroso, que sus Vecinos mandaron fabricar dos arahudes para depositar sus Cuerpos, y apreciarlos como morada de tan escogidas almas. El riesgo de estas dos preciosas vidas, siendo mas cierto el de nuestro V. Margil, que llegó á recibir la Uncion Extrema, obligò al Medico á discurrir que los llevassen á la expresada Chiapa de Indios, en donde, por ser mas favorable el clima, y hallarse mas facilmente las medicinas, se podia acudir con mas promptitud, y comodidad á su dolencia mortal. Al punto se poblò de Gente el camino, para llevarlos á competencia con remudas, en unas redes como cunas, conocidas por hamacas, cargando en ellas sobre sus hombros á los Enfermos, con el riento, y lentitud, que pedian su debilidad, y flaqueza. Hospedaronsé en casa de los Nobles, y charitativos Confortes D. Gregorio de Vargas, y Doña Francisca Astudillo, y reconociendo la compassiva Señora, que quanto mas medicinas le aplicaban al P. Antonio, tanto se confirmaba mas el prognostico de su muerte, al passo que en aquella Poblacion, y las Comarcas, se repetian Proceßiones de Sangre, y se celebraban muchas Missas, pidiendo su sa-

lud

lud, al Cielo, se fuè al Templo esta memorable Matrona á presentarle al Señor un expressivo, y costoso memorial á favor de su venerado Huesped; por cuya preciosa vida huviera vertido la sangre de sus venas, y estaba prompta á dár una de las prendas que su corazon mas amaba. En esta atencion, se adelantò tanto su piedad, que tomando en sus brazos á dos niñas criaturitas, hijas suyas, y rompiendo en ternuras, y sollozos, le dixo á su Magestad estas razones: *Ea, Sr. aqui tienes á mis hijas; toma la que sea de tu agrado, y dame vivo á Fray Antonio.* Parece que solo esperaba el Autor de la vida este innocente sacrificio, para el cumplido restablecimiento de su Siervo; pues á poco enfermó, y murió una de las niñas, quedando el moribundo P. Antonio con vida, y salud robusta. Y obligandonos á discurrir, segun nos persuade el suceso, que se la conservó Dios nuestro Señor por milagro, para dár vida, y salud espiritual por su medio á tantas almas, como nos irá manifestando la hilada relacion de sus Apostolicos passos.

CAPITULO V.

Sale el V. P. Fr. Antonio con su Compañero Fr. Melchor para Ciudad Real, y Reyno de Guatemala, y se refieren los maravillosos progressos de estas Misiones.

Libre yá el V. P. Antonio de tan peligrosa enfermedad, creciendo en meritos, y haciendose capaz de mayores fuerzas, dirigió su viage á Ciudad Real, ó Chiapa de Españoles, en compañía de su amado P. Fr. Melchor, sembrando doctrina, y exemplos por el camino. Yá avian llegado los ecos de estas Trompetas Evangelicas á aquella Ciudad Nobilissima, ilustrada con Silla Episcopal, cinco Conventos

tos de Religiosos, y uno de Monjas; y desde luego que publicaron su Mission, fuè tan extraordinaria la conmocion de sus Vecinos, que quedando arruinada la confusa Babilonia de los vicios, quedó erigida en una nueva Jerusalem de virtudes. No se contentaron sus habitantes en mudar los interiores afectos de su corazon con la detestacion de las culpas, sino que haciendo demostracion de la compuncion de sus animos, fueron muchas las Personas de ambos sexos, que vistieron el ceniciento sayal de la Santa, y Venerable Orden Tercera de N. S. P. S. Francisco, manifestando exteriormente su penitente reforma, con esta gala del Cielo.

Entraronse despues por la Provincia de Soconusco, anunciando el Reyno de Dios en todas sus Villas, Lugares, Haciendas, y Rancherias, con frutos maravillosos. Y como la flor, aunque esté escondida, se conoce por el olor, por mas que intentaron hacer sus transitos con disimulo, para evitar las aclamaciones del vulgo, salian à competencia las Processiones à los caminos, congregandose à veces tres, y quatro mil Personas, para acompañarlos. Desalavanse todos para manifestar su veneracion, y desgajando verdes ramos de los Arboles, los llevaban en las manos con demostraciones festivas; y por la frondosa multitud, que se movía con ellos, parecia que caminaban los Montes, ó que se trasladaban de una à otra parte las Selvas. No dexaban de afligirse estos humildísimos Varones con tan estrañas novedades, que pudieran dar ocasion à varias emulaciones, y estravagantes juicios. Y aunque como verdaderos humildes, solo tomaban el grano, sin hacer caso del follage, dando toda la gloria à Dios, y à su Divina Palabra; con todo, tuvo por conveniente su prudencia cortar el hilo à estos piadosos excessos, con ruegos, persuasiones, y protestas, de que no se pondrian en camino, si no arrojaban las ramas, y cessaban estas expressions devotas.

Emplearon cerca de un año en esta empresa, en las ciento, y diez leguas que dista el camino de la Costa del Sur,

que

que circunda à Guatemala; y siendo muchas mas las que anduvieron haciendo varios circulos, y rodeos, por sus fragosos desiertos, y breñas asperas, llegaron cargados de meritos, y mas abrasados en santo zelo, à las inmediaciones de aquella rica, y celebrada Metropoli. Y para escusar, como verdaderos despreciadores de humanas honras, el recibimiento que les queria hacer el Pueblo, que hacia dias se hallaba yà conmovido con la fama de sus aclamadas Misiones, hicieron su entrada en el silencio de la noche, como à la una de la mañana, en el Convento de N. S. P. S. Francisco, el dia veinte y uno de Septiembre de mil seiscientos ochenta y cinco. Divulgòse en pocas horas su arribo en toda aquella Ciudad, llenandose por la madrugada de gente el Convento, Cementerio, y calles, deseosos todos de vér à los dos Varones Apostolicos, cuyas voces avian hecho tanto eco desde muy largas distancias, cuyas penitencias oían referir à cada instante por assombrosas, cuya doctrina se aplaudía generalmente como bajada del Cielo. Salieron los benditos Padres, siendoles preciso visitar al Presidente de aquella Real Audiencia, y juntamente al Señor Obispo, para el despacho de sus Misiones, y desde el punto que los divisó el concurso con compostura tan grave, con tan macilentos rostros, y con Abitos tan remendados, unos quedaban enternecidos, otros con los animos suspensos, y los mas se persuadian à que eran anticipadas Estatuas de Enoch, y Elias, que despertando à los entendimientos dormidos, y clamando contra los vicios desordenados, iban à anunciarles el Juicio.

Hallabáse por entonces todo aquel Reyno con varios rezelos, y sobresaltos, por la tirania de las Naciones estrangeras, que intentaban invadirlo. Y estando yà prompts para darse batalla las Compañias Militares Españolas, entre sí mismas, en la Costa de Itzquintepeque, se tomó acuerdo, que acudiesen allà con promptitud estos dos señalados Xefes de la Milicia de Christo, para pacificar tan perniciosos alborotos,

rotos, y temerosas inquietudes, con que al passo que se aumentaban las aflicciones del Pueblo, se le abria al enemigo el campo, para conseguir con facilidad sus intentos. Pusieron en execucion este dictamen el dia diez y ocho de Octubre con tan feliz efecto, y gloriosas consequencias, que se sossegaron los bandos, y tuvieron fin las dissensiones. Y introduciendo en sus corazones la paz, union, y concordia, quedaron mancomunados, y unidos á conservar sus puestos, y aloxamientos en defensa de la tierra, con resolucion de perder las vidas por la Ley, por el Rey, y por la Patria.

Concluida su Legacia, y hechos Iris de paz entre los hombres, como indice de la que venian á anunciar á los pecadores, bolvieron para Guatemala, en cuya Santa Cathedral dieron feliz princio á su Mission el dia trece de Enero de mil seiscientos y ochenta y seis. Autorizaron los concursos el Presidente, y Audiencia, el Ilustrissimo, y su Cabildo, los Prelados de las Religiones, y todos los Sugetos de carácter, assi mozos como ancianos, y al romper el espiritu fervoroso, y tierno de nuestros Missioneros en lastimosas voces de verdad, y desengaño, no avia en el Auditorio quien no rompiesse en llantos, y admiraciones. Desde el principio comenzaron á coger á manos llenas el fruto de su trabajo en Confesiones generales, penitencias publicas, y reformation de vicios. Y como el que usa bien de sus talentos, cada dia dà mas de sí, prosiguieron predicando en las demàs Iglesias con igual zelo, y con tan cumplido logro, que en seis meses despues que se concluyò la Mission, no cessaron de oír Confesiones quantos Confessores avia en la Ciudad, segun la multitud de penitentes, que ocurría á los Confessionarios, de todos estados, y sexos. De forma, que assi en Guatemala, como en toda aquella Comarca, era assunto de general admiracion el vér tal frecuencia de Sacramentos, assi en hombres, como en mugeres, y tal reforma de costumbres, aun en la gente mas licenciosa.

Y como sus ansias de convertir almas á Dios nunca quedaban satisfechas, salieron de Guatemala, revestidos de nuevo zelo, dando continuos gritos de penitencia, hasta correr por todos los dilatados ambitos de San Miguel, de Granada, de Leon, de Comayagua, y Honduras, fertilizando como celestiales nubes á estas Ciudades, y á todos sus continentes. El llanto, assombro, y conmocion de los Pueblos, diò ocasion para que en algunas partes, bastasse tenerse noticia de la proximidad de su entrada, para que algunos se saliessen fugitivos, discutiendo que traían la Justicia de Dios consigo, para aterrarlos, ó consamirlos. Pero assi que experimentaban su mansedumbre, apacibilidad, y charitativo trato, deponian sus fantásticas aprehensiones, y quedaban bien impresionados de que eran unos nuevos Apostoles que les embiaba el Cielo, para que corrigiessen su ceguedad con los estruendos de la Divina Justicia, y para que alentassen su fé con las dulzuras de las misericordias eternas. Arribaron á las Poblaciones de la Costa de Sierra Aspera, cuyos Indios estaban totalmente dominados del vicio de la embriaguez, y por consequencia dados á los homicidios, amancebamientos, y barbaras relaxaciones. Predicaron con acrimonia santa contra las viciadas bebidas, diciendoles, que se ocultaba el Demonio en ellas, y que se convertia en gusanos, y vivoras infernales, que les roían el alma; y entendiendolo ellos materialmente, permitió el Señor varias veces, en premio del Apostolico afan de sus Ministros, que al destapar las vasijas en que conservaban sus caldos, hallassen asquerosos gusanos, y vivoras venenosas, que con su vista los dexaban llenos de terror, y espanto. Por manera, que conociendo aquellos Naturales su largo, y perjucioso engaño, cortaron todos los Arboles frutales, que les franqueaban los frutos para la confeccion de sus escandalosos potages.

Desarraigaronsé de algunos de aquellos Pueblos los sortilegios, prestigios, y algunos resabios de idolatria: Y en una

Iglesia de la Poblacion de Moyuta, Curato de Conguaco, sucedió, que al entrar en ella los Misioneros percibieron un violento temblor, sin temblar en otra parte. Con esta novedad se persuadieron, con inspiracion Divina, á que los Indios adoraban allí al Demonio, en los Idolos, que tenian escondidos. En esta mira, predicaron contra el execrable delito de la idolatria, con tanta eficacia, y feliz efecto, que heridos los corazones de los delinquentes con los rayos de sus encendidas palabras, se echaron á los pies de los Padres, confessando tiernos, y compungidos, que debaxo de la Lampara tenian ocultos unos Idolillos, formados en pergamino, y al punto los arrojaron al fuego. Desde este Pais enderezaron su derrota á Nicaragua, Nicoya, y Costa Rica, sin cessar de extirpar abusos, desterrar errores, plantar virtudes, y arruinar los vicios. De suerte, q̄ no tenian movimiento, sin que los exemplos excediesse á sus passos. Cada voz que articulaban, era una ardiente asqua que prendia fuego de amor de Dios, y de contricion de las culpas en los vivientes racionales de aquellas Provincias, y Valles. No manifestaban mas anhelo que de convertir almas perdidas, coronandose de meritos, y cargandose de trabajos. Ni se les advertia la respiracion mas minima, que no fuesse una luz clara, y flammante, que alumbraba, y consolaba á los ciegos desviados de las verdades del Cielo.

El exercicio de la cadena era frecuente en el Pulpito, haciendo frente á las maldades con el sensible estruendo de los golpes que descargaban sobre sus inocentes espaldas. El de el Confessionario era tan puntual, como indispensable, cogiendo en él copiosas cosechas del grano Evangelico, que sembraban en sus Sermones. La disciplina, la hacian todas las noches, como por descanso de las fatigas del dia; y para ella convocaban á los hombres á los Templos, para que esta exterior penitencia sirviessse de antemural, que defendiessse la compuncion interior, de los asaltos del desenfrenado apetito.

En

En el ayuno era tanta su austeridad, que parecia no necesitaban de visible alimento para conservar sus vidas. En la oracion, assi vocal, como mental, daban muestras de ser tan fervorosos, y practicos, que hacian de la tierra Cielo, con infatigable espiritu. No quedò familia, aun en las mas humildes chozas, que á su persuasion no assentasse por irrevocable estatuto el rezar el Santo Rosario diariamente, con otras varias devociones, y especialmente la de la Via-Sacra, dexandola plantada en cada uno de los Lugares. Desde entonces quedò introducido el nuevo Cantico del Alabado, que se hà estendido tan felizmente en aquel Reyno, y en este, resonando en tantas casas, y con tan tierna harmonia, por las noches, y las mañanas.

Con este Apostolico estilo, muy superior al de mi pluma, convirtieron, y reformaron estos memorabilissimos Varones á todo aquel dichoso Terreno, dexandolo tan afianzado en la firmeza de la Fé, y solidez de santas costumbres, que hasta los Indios mas rudos, y de comprehension mas tardia, solian decir despues en prueba de su estabilidad christiana: *Esto nos enseñaron los Padres de la bendita Mission, y antes morir que pecar.* Assi lo assegurò en un dilatado Informe, que diò á la Magestad Catholica el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Nicaragua D. Fray Nicolás Delgado, en el qual, no parece que halla voces para elogiar, segun sus meritos, á estas dos gloriosas Columnas de este dichosissimo Claustro. En la relacion que de orden de la obediencia hizo algunos años despues el V. P. Margil, atribuye estas Misericordias de Dios á la Predicacion Apostolica, vida exemplar, fervoroso zelo, infatigable afan, y penitente aspecto de su amado, y Venerable Compañero, el P. Fr. Melchor Lopez de Jesus. Pero confutando por testimonios autenticos que tengo presentes, recibidos en las Ciudades de Leon, y de Cartago, que el V. P. Fr. Melchor, segun deponen Testigos de vista, no podia alternar con igualdad en las referidas tareas, por su cansada ve-

E 2

jez

vez, y por sus muchas enfermedades, parece muy conforme á prudencia, sin hacer por aora pie en la humildad del V. P. Margil, atribuir estos efectos de la gracia al merito, y virtud de entrambos. En las citadas informaciones hallo algunos casos particulares de nuestro V. P. Antonio, sucedidos por este tiempo; pero tengo por bien el dexarlos para lugar mas oportuno, deseando que los successos guarden entre sí la uniformidad mas possible.

CAPITULO VI.

Entra el V. P. Antonio con su Compañero á la Talamanca, y convierte millares de Gentiles. Se ve muchas veces en manifesto peligro de la vida, y lo libra Dios milagrosamente.

AViendo estos dos nuevos Apostoles levantado las victoriosas vanderas de la Cruz, con tantos, y tan gloriosos triunfos del Cielo, en los Obispados de Comayagua, y Honduras, y de Nicaragua, y Costa Rica, llegaron á la vista de las Montañas de la Talamanca, que á mas de la quantiosa Nacion de este nombre, abrigaba en su dilatada circunferencia á los Terrabas, Cavecâres, Chichagués, Usamboros, Caves, Usuros, Mayagues, y otros. Y noticiosos de que en aquellos Idolatras, y Gentiles Gentes, no avia rayado la luz del Santo Evangelio, se resolvieron á entrar en busca de estos Cerriles, y Barbaros, y darles á conocer el Reyno de Jesu-Christo. No fuè poca la asiccion de los Christianos de aquellos Catholicos contornos, assi que quedaron enterados de los Apostolicos designios de sus venerados Padres Melchor, y Antonio, como sabidores de la barbaridad, y sevicia, que les dictaba el practico conocimiento de sus confinantes vecinos. Y al passo que unos daban á Dios repetidas gracias, por lo

mu-

mucho que cuida su Providencia de multiplicar Obreros en todos los espacios del tiempo, para el cultivo, y dilatacion de su Viña; otros quedaban enternecidos, lamentandose de los trabajos, que avian de padecer entre aquellas fieras indomitas, segun allà lloraban los de Efeso las tribulaciones que se le esperaban en Jerusalem á su amado Apostol S. Pablo. Pero como el deseo de la propagacion de la Fè, no conoce cobardia, y el zelo de la salvacion de los Proximos sabe pisar á cada passo un peligro, dieron principio á su entrada estos Apostolicos Adalides, con el santo fin de dár de golpe en los ojos de aquellos ciegos con la luz de la verdad, ó de sacrificar en esta empresa sus vidas.

Confiados, pues, en que el mismo Señor, que infundió alientos á Isaac, para no temer las azechanzas de los Filisteos, les avia de continuar el valor, para no assombrarse de los ardidés de los Talamancas, emprendieron esta dificultosa peregrinacion, para principiar su Conquista. Y revestidos del espíritu de un Moyés, quando fuè embiado de Dios para librar á los Israélitas de la servidumbre de Egypto, llevaron adelante su derrota con animosa intrepidez, transitando desiertos yermos, assombrosas soledades, tembles montes, y breñas asperas, para liberrar á estos miserables del cautiverio del Principe de las tinieblas. Nada pudo acobardar á estos nuevos Josuè, y Caleb, determinados á convertir la perdida Talamanca en tierra de promission; y con los pies enteramente desnudos, con los Abitos tarazados de remiendos, sin mas vagaje que sus bordones, sin mas bastimento que la providencia, y sin mas guia que la luz del Cielo, se encaminaron para sus cuevas, chozas, palenques, ó rancherías. Avian apostatado de nuestra Santa Fè Catholica los antepassados de estos Gentiles Idolatras; y apesadumbrado el Demonio de que en aquel Pais se le acavaba el imperio, habló desde los Idolos á los Viejos, sus Sacerdotes, diciendoles antes que llegassen los Missioneros, como estaban para entrar en aquellas tierras dos

hom-